

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año II

Mahón 30 de Septiembre de 1926

Núm. 105

EL CANAL DE SUEZ

El 25 de Abril de 1859, Fernando Lesseps, el gran francés como entonces se le llamó, daba el primer azadonazo en el terreno que iba a abrir los repuestos del Oriente al comercio y civilización de Occidente. Realizados los trabajos a pesar de las intrigas inglesas y de la oposición de lord Palmerston, que calificaba la empresa de «mixtificación deshonorosa», y no obstante las dificultades con que tropezaron los ingenieros para procurarse operarios indígenas, las aguas del Mediterráneo y del Rojo se entremezclaron el 16 de Agosto de 1869 y el 17 de Noviembre del mismo año, 67 buques, capitaneados por el yate «L'Aigle», que llevaba a bordo a la emperatriz Eugenia, al emperador de Austria, al príncipe heredero de Prusia y a los embajadores de las potencias en Constantinopla, atravesaban triunfalmente el canal.

Sin embargo, no habían concluido las tribulaciones de Lesseps, quien hubo de vencer múltiples obstáculos antes de la consolidación de su obra, cediendo a las exigencias impuestas por el jedive de Egipto, de acuerdo con Turquía, respecto a las condiciones de tránsito. Poco después, el jedive vendió al gobierno inglés, por cien millones de francos, las 176.602 acciones que le pertenecían; pero felizmente en 1888 el convenio internacional de Londres neutralizó el canal, que así quedó abierto a los buques de todas las naciones.

A pesar de este convenio, durante la pasada guerra intentó Alemania apoderarse del canal de Suez con Turquía. El ejército del general Djemal, en el que servían numerosos oficiales alemanes al mando del coronel Krel de Kressenstein, llegó el 3 de Febrero de 1915 a las cercanías de El-Kantara y El-Ferdan, de donde los rechazó el fuego de los acorazados ingleses, mientras que los buques franceses «Requin» y «D'Entrecasteaux» con el monitor británico «Hardinge» detenían los pasos de otra columna otomana a nueve kilómetros del lago Timsah. Más tarde, a fin de rechazar definitivamente el avance turco alemán contra el canal, que tan valioso era para las comunicaciones de los aliados con la India, Australia y Nueva Zelanda, los generales ingleses Maxwell y Wilson fortificaron apresuradamente la península de Sinaí; y aunque los turcos reanudaron la ofensiva en la primavera de 1916, apoderándose de Romani y Oghratina, la victoria lograda por los aliados en Katia (Agosto de 1916) y la intervención del rey del Hedjaz, alejaron del canal todo riesgo de caer en manos de Alemania.

El canal de Suez mide 161 kilómetros de largo, 140 en línea recta y 21 en curvas. Está al nivel del mar en toda su longitud, por lo que carece de esclusas, y desde 1914 tiene once metros de profundidad por bajo del nivel medio del refluo de las aguas vivas, siendo así que en 1869 su profundidad no excedía de ocho metros. La anchura en vía corriente es de 45 metros, y la de la

línea de agua depende de la inclinación de los taludes y de la naturaleza del terreno, oscilando entre 80 y 120 metros en vía corriente y de 95 a 135 metros en los ensanches. Los taludes miden dos metros de base por uno de altura en terrenos duros y cuatro por uno en los blandos. Además se colocaron contrafuertes en los ribazos cenagosos o arenosos para protegerlos contra las erosiones que pudiera producir el oleaje levantado por el paso de los buques.

En Port-Said abrigan el antepuerto dos escolleras de bloques de piedra artificial coronadas de mampostería.

El dragado se efectúa de modo que la profundidad sea en todo momento de diez metros por 160 de anchura en el antepuerto y de 400 metros en la rada de Port-Said, cuya área total desde 1912 es de 161 hectáreas, incluidos los fondeaderos de los buques en el antepuerto.

La leyenda de Cleopatra

Entre las primeras perlas que la historia cita, figuran dos muy famosas, las dos perlas en forma de pera que adornaban las orejas de la Reina egipcia Cleopatra. Las describe Plinio en su Historia Natural (libro XIX, cap. 33), y dice que dicha Reina las recibió en herencia de los Soberanos orientales.

Dice la leyenda que Cleopatra ofreció un banquete a Marco Antonio, general romano aliado de los egipcios en aquel entonces.

Quería la Reina superarlo en generosidad, deslumbrarlo con sus prodigalidades, y a este fin se quitó una de dichas enormes perlas y la puso en una copa que tenía vinagre (se dice que éste disuelve las perlas), añadió luego vino y se tragó el total.

El hecho, sin embargo, parece discutible. Se necesitan muchos días para disolver una perla tan enorme como la de Cleopatra, a menos de no reducir la perla a polvo y luego macerarla en un ácido poderoso.

La leyenda añade que a no ser por la intervención de Lucio Plauto, el cual tapó la copa con la mano, la segunda perla de Cleopatra hubiera seguido el mismo camino, quedando asimismo destruída.

Na faltan maliciosos que afirman la astucia de Cleopatra, la cual, para asombrar a sus huéspedes, hizo la broma de la perla, se la tragó entera... y al día siguiente había un batallón de esclavos registrando minuciosamente, y con gran misterio, ciertos escondidos vasos nocturnos... hasta que dieron otra vez con la perla. ¡Vaya usted a hacer caso de las leyendas!

La segunda de las perlas mencionadas tuvo más fortuna; regalada por la Reina a Augusto, fué llevada a Berna con los tesoros de aquella Soberana, y Augusto la hizo partir en dos para adornar a la Venus esculpida por el famoso Praxiteles, y que estaba en el Partenón de Atenas.

Aquellas perlas se calcula que podrían valer diez millones de sestericios, o sea dos mil millones de francos oro.

El Monasterio de San Lorenzo, de El Escorial

El Monasterio de El Escorial está situado en una falda de la Sierra Carpetana, a 1.023 metros sobre el mar. Dista de Madrid 36 kilómetros. Para las gentes del litoral—de Galicia, sobre todo, «a nai chorosa»—, acostumbrados a contemplar la vetusta catedral de Santiago de Compostela, ennegrecida por el transcurso de los años... y de la lluvia, nos sorprende la bocanada de oro que exhala el Monasterio. Sus muros, quemados por este sol castellano tan ardiente, están dorados, y su vista a distancia es simplemente magnífica.

El Monasterio de El Escorial es majestuoso y sublime como la religión divina que le dió el ser; «severo y melancólico como su augusto fundador», ha dicho un autor con acierto.

Opinan algunos críticos que es seco y adusto; pero impone su sequedad. Todo él ajustado a los cánones del estilo grecorromano, asombra por su admirable proporción.

La fachada Sur, la más bella de todas, a pesar de ser tan grande, igual y exenta de adorno, no cansa la vista ni es, en modo alguno, pesada. Está tan bellamente proporcionada, que no causa tedio el admirarla horas y horas detenidamente.

Es curioso observar que el Monasterio, a primera vista, no parece grande. No hay en él puntos de comparación; todo es grande, tremendo, y todo tan bien proporcionado que no se da uno cuenta de la mole tan grande que admiramos.

Toda la fábrica es de piedra berroqueña. En su construcción predomina el estilo dórico.

El Monasterio ha sido construído en tan sólo veintitún años. Unicamente una voluntad de hierro como era la de Felipe II, fué capaz de semejante empresa.

Sabido es que el Monasterio tuvo su origen en el voto que hizo nuestro soberano en San Quintín durante las guerras con Enrique II de Francia.

Principiaba el año de 1556 cuando Carlos V firmó las escrituras en que cedía a su hijo Felipe las coronas de Aragón y Castilla. Concertó nuestro rey con el francés una tregua de cinco años a fin de que el principio del reinado de Felipe II fuera tranquilo.

Pactó el de Francia con el Papa al poco tiempo y se comprometió a ayudarle, en caso de guerra, contra España, a cambio del trono de Nápoles para un hijo suyo.

Al mediar la segunda mitad del mismo año estalló la guerra. Las huestes de Felipe II, en los Países Bajos, se dirigieron hacia San Quintín, la ciudad francesa de tan inolvidable nombre, bajo las órdenes del duque de Saboya, a la que pusieron sitio.

Tras muchas alternativas, el 27 de agosto los españoles, secundados por los ingleses, alemanes y flamencos, asaltaron y entraron a saco en la plaza de San Quintín.

Felipe II, haciendo gala una vez más de la caballerosidad española, libertó a los soldados de humilde condición, guardando en castillos a los nobles, entre los que se encontraba el duque de Montpensier y el príncipe de Mantua.

Dos años más tarde se firmaba la paz de Cateau-Cambresis, garantizada por el matrimonio de Felipe II con la hija del monarca francés, Isabel de Valois, llamada por este motivo Isabel de la Paz.

Durante el asedio a San Quintín, vióse precisado Felipe II, por cuestiones estratégicas, a destruir un monasterio de monjas dedicado al mártir San Lorenzo. Para reponer este daño hizo voto de levantar en España otro monasterio titulado al glorioso mártir, como así lo cumplió, erigiendo la gran mole del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Para comprender este acto del monarca hay que, imaginativamente, trasladarse a aquella época llena de fe y, a veces, fanatismo, y pensar y creer como pensaban y creían aquellos hombres ansiosos de perfección espiritual.

Al mismo tiempo que cumplía su promesa buscaba también un lugar digno para descansar los huesos de su padre y descendientes, como éste, en su último codicilo le encargara.

(Concluirá en el Suplemento próximo).

HIMNO AL AHORRO

Dedicado a las Cajas de Ahorro, a la Mutualidad Escolar y al Gobierno Creador del «Día del Ahorro» en España. Letra y Música de JULIO MENÉNDEZ GARCÍA.

LETRA DEL HIMNO

CORO

Cantemos con amor las glorias del Ahorro
loemos su excelencia, grandezas y valor;
pregonen nuestras voces sus mágicos portentos,
y nuestro acento cruce por toda la Nación.

ESTROFAS

I
La virtud del Ahorro, bendita,
practiquemos con íntima fé:
ella es base de nuestro progreso;
para todos camino del bien.

Desde niño, el hombre que ahorra,
se abre paso a la vida social,
y conquista riquezas y estima
que le otorgan mayor bienestar.

El Ahorro, que educa a los hombres
sus inmensos tesoros formó.
El Ahorro, que eleva a los pueblos,
las haciendas de todos labró.

II

Gloria al hombre sensato y activo
que trabaja con todo su afán,
y procura que nunca les falte
a sus hijos un trozo de pan.

Ahorrando, se evita la usura,
la miseria, la ruina, el dolor;
y transcurre la vida tranquila,
y se guarda sin mancha el honor.

La nación ahorrativa progresa;
la nación ahorrativa es feliz,
y se emcumbra, pujante y gloriosa,
irradiando el más noble vivir.

CORO

Cantemos con amor las glorias del Ahorro;
loemos su excelencia, grandezas y valor;
pregonen nuestras voces sus mágicos portentos,
y nuestro acento cruce por toda la Nación.

Carlet (Valencia) 1926.

LAS BELLEZAS DEL REINO VEGETAL

Las flores que nos embalsaman con sus delicados perfumes y nos deleitan con el hermoso colorío con que se adornan, poniendo una nota de poesía en nuestro vivir, necesitan para nacer y desarrollarse multitud de cuidados, y exigen multitud de condiciones sin las cuales no podrían existir.

Toda planta no existe por arte de encantamiento, sino que es la consecuencia de una semilla que, al germinar, quiere ser curiosa, ver mundo, y por eso prolonga y prolonga su tallo, que siempre ascendiendo logra que la tierra se abra y le deje un sitio, aunque sea pequeño, por donde él pueda ver el sol.

Las plantas necesitan que la semilla de donde proceden, en línea recta algunas veces, porque otras se tuercen, haya encontrado un terreno mullido y eficazmente preparado, pues si se le destina un lecho duro, es difícil que el tallo pueda desarrollarse.

Una vez que el tallo logra salir con vida propia, aléjase cada vez más de las raíces; se van llenando de una especie de verruguitas que al abrirse y dar salida a lo que dentro de ellas estaba encerrado, ha de adornarle con el más vistoso de los trajes.

Estas verruguitas, que no deben de serle muy dolorosas, son las yemas en-

cargadas de dar vida a las ramificaciones sucesivas que del tallo han de extenderse. Las yemas desempeñan, pues, un papel importantísimo en el adorno y confección de toda planta.

Unas yemas sólo se preocupan de abastecer de hojas al tallo, son las folíferas, primeras obreras que en la labor intervienen; otras lo embellecen con flores, y son las floríferas, de gusto más refinado que sus compañeras, que con sin igual maestría manejan la tijera, el pincel y la aguja.

Cuando estas obreras han verificado su labor, la flor puede presentarse ufana y adornar el ojal mejor rematado o mostrarse en el búcaro más caro. Toda flor consta de partes importantísimas a las cuales se les da, y ellas los toman sin hacerse de rogar, los nombres de pistilos, estambres y corola.

En el inmenso muestrario que de las flores se puede formar, encontraríamos una variedad tan enorme en tamaño, forma y colorido, que dejarían absorto al más exigente. No solamente en las flores que exigen los cuidados del hombre y las calorías de una estufa cuando de un clima a otro se trasladan, sino en las que espontáneamente crecen y esmaltan los campos, la diferencia es patente, el contraste acentuadísimo.

Del delicado crisantemo a la campesina margarita, desde la elegante camelia a la alegre clavellina, la distancia es tan grande como es la alegría que pone el clavel y la melancolía que muestra la violeta, con la gracia del Don Diego de Noche y el recogimiento que presenta el rosal de pasión.

Las flores, al mostrarse en su tallo con la vida efímera de que gozan, como si quisiesen con ello demostrar lo fúlgaz que es la belleza de las cosas, nos hablan con un lenguaje al cual todos vosotros, nenes, debéis prestar atención, en la seguridad de que él os ha de elevar a un mundo donde encontraréis cosas tan bonitas como las que prometen a los niños buenos las hadas de vuestros cuentos.

BACHILLER.

Pensamientos y máximas

El que estando enojado impone un castigo, no corrige, sino que se venga.

Cuando por mutua inclinación se acercan dos almas, la amistad en breve término se hace antigua.

Nada hay que valga tanto como el ejemplo.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

INMACULADA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(5)

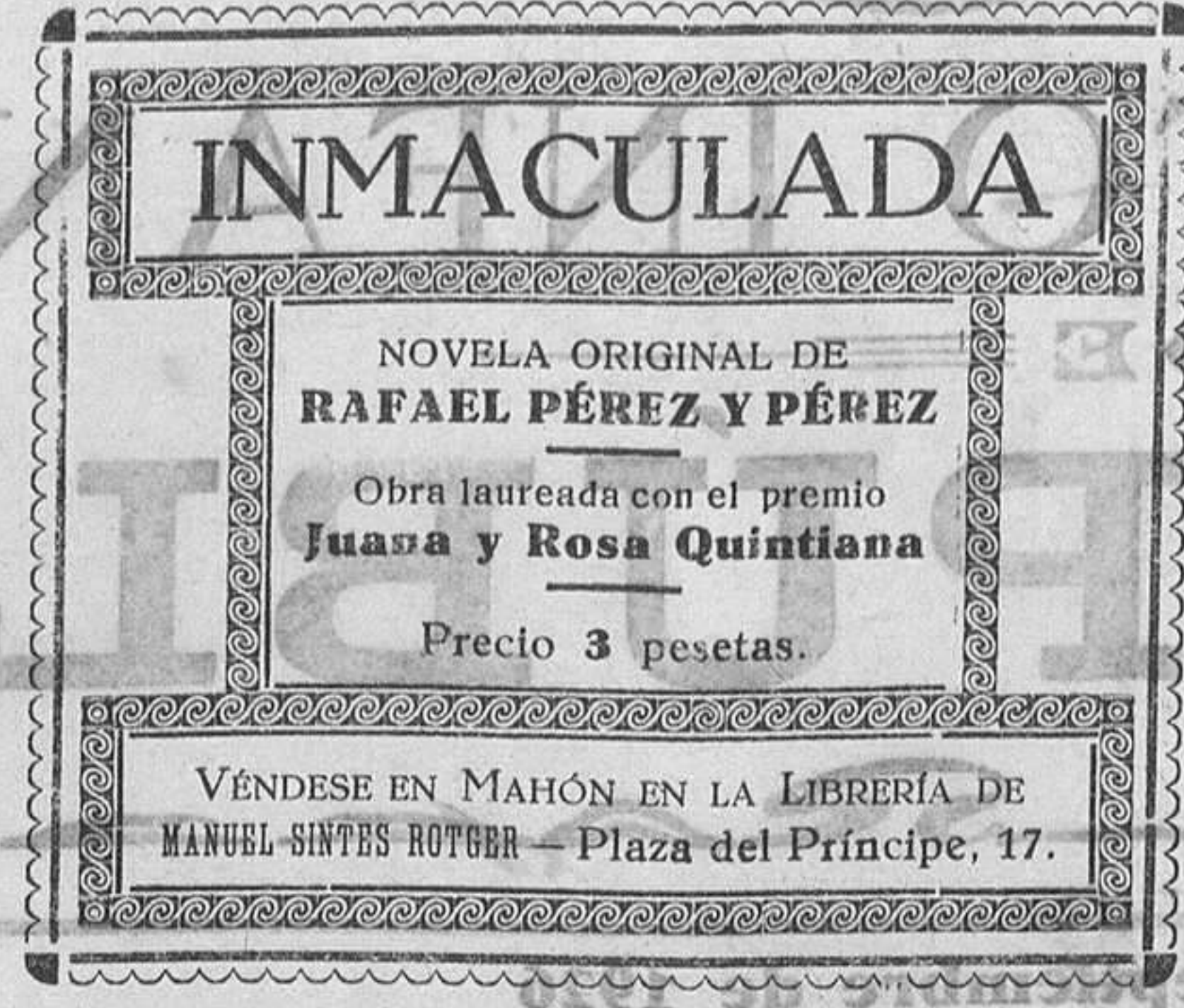
y buen sentido de esta palabra) protector decidido de sus obreros, democrata en sus ideas, ahora se le aparecía como un aristócrata celoso de la pureza de su nombre, orgulloso de su elevado nivel social. Y, como siempre, renunció a analizar esta naturaleza compleja ante la cual sus esfuerzos de observación se estrellaban contentándose, con sentirse orgullosa de este muchacho, hermosa compensación que el destino ofrecía a sus penas de madre muy desgraciada en otros de sus hijos.

—Bien, Agustín. Escribiremos al notario de Valleparado ¿no? O mejor, escribe tú mismo en mi nombre.

—Conforme mamá. Y de la cuestión de intereses.

—En cuanto a eso, desde luego puedes hacerle presente a ese señor, que la señorita de Gil de Falla dispondrá a su antojo de todas sus rentas íntegras. Nuestra hospitalidad dejaría de serlo si admitiésemos por ella retribución.

—Por algo se llama hospitalidad —sonrió Agustín—; es decir, una cosa grande, y noble, y hasta caballeresca.



Conocimientos útiles

Voy a hablaros de la tinta. De ese líquido negro o azulado del cual vuestras manos, y quizás vuestros trajes, podrán dar fe. Estáis familiarizados con ella, y seguramente no sabréis como se hace, y es lo que voy a tratar de explicaros ahora.

La tinta negra se compone, generalmente, de cuatro sustancias, que son: agallas, palo campeche, sulfato de hierro, (llamado vulgarmente caparrosa verde) y goma arábica. Todas estas sustancias se muelen y se reducen a polvo en un mortero; se hace hervir este polvo en cierta cantidad de agua, y se saca en claro.

Ya tenéis la tinta hecha; pero ahora os falta saber lo que son y como se producen todas estas sustancias que entran en la composición.

La agalla es una excrecencia que se forma en las hojas de los árboles a causa de la picadura de ciertos insectos, que depositan allí sus huevos y sus larvas. Esta herida atrae hacia dicha parte una gran cantidad de savia que produce la notable excrecencia que nos ocupa. La agalla de encina es la que se emplea en la tinta negra; la mejor viene de Alepo, en el Asia Menor. El insecto que hace esta picadura es una especie de mosca de cuatro alas, llamada «cynios». Las agallas son redondas y gruesas como una cereza, y contienen una sustancia llamada tanino; esta sustancia se encuentra también en abundancia en la corteza de la encina, con la cual se hace otra para preparar los cueros de nuestros zapatos. Esta sustancia obra sobre el hierro del sulfato de su nombre, y lo ennegrece.

El palo campeche es espinoso y se parece a la acacia. Sus flores están en racimo y son amarillas y olorosas. Vive esta planta en América y en las Antillas. Se trae en leños o zoquetes, y pa-

Una de las pocas cosas que aún no se venden, pese a las corrientes modernas que tienden a envilecerlo todo por el metal...

Ahora era irónica la voz y burlona la mirada de los hermosos ojos. Se acercó a su madre para besarla suavemente, recogió su sombrero de encima de una silla y murmuró mientras salía por la mampara de cristales esmerilados, a un hall soberbio lleno de plantas y de estatuas.

—Vamos a discutir con el ingeniero sobre la turbina.

Una vez fuera del saloncito de sederías claras del hall primoroso y de los jardines bien cuidados de la quinta, Agustín Montellano ya no volvió a pensar más en la primita rústica. Desde la muerte de su padre, todo el peso de los negocios gravitaba sobre sus fuertes hombros de luchador incansable; bajo su dirección acertada y competente, las importantes fábricas de papel doblaron su producción, perfeccionándola: cada día se implantaba un adelanto; el nombre de la casa crecía en el mundo de la industria y del comercio, dentro de los cuales era una figura de relieve el muchacho elegante y distinguido; de apariencia sencilla y señorial a un tiempo. Y mientras sus hermanas se divertían bailando en los salones aristocráticos; mientras su madre deslumbraba con el fausto de buen tono de su casa, creando alrededor del

nombre del industrial una leyenda de refinamiento y de elegancia, él, con su poderosa inteligencia y actividad maravillosa, daba nuevos impulsos a los caudales que los otros (mariposas frías) dejaban en sus manos. Cuando la primavera de otoño aparecía con sus nieblas, dando al campo un tono melancólico con la caída de las hojas, la familia Montellano desaparecía con su servidumbre, su balumba de equipajes y sus automóviles para ir a establecerse en Madrid, su habitual residencia. Y entonces la grandiosa quinta, edificada en medio de jardines que la separaban de los talleres, dormida, cerrada y muda, se aletargaba en un sueño de quietud y de silencio. Para Agustín resultaba demasiado grande; no tenía tiempo de sentirse sólo porque el continuo tráfico de los negocios, apenas dejaba un momento de ocio en su vida; pero así y todo, experimentaba una sensación desagradable de abandono al verse entre todas aquellas habitaciones altas de techo, grandes de proporciones, moviéndose entre los muebles enfundados, como un fantasma silente. Y así, desde el primer día en que por la muerte de su padre hubo de asumir todos sus trabajos y responsabilidades, decidió instalarse en un pabellón contiguo al del ingeniero director de los talleres, en el extremo de una de las fábricas, orientado al mediodía entre un verda-

ra extraer de ellos el color encarnado que sirve para hacer la tinte, se reducen a pedazos menudos, haciéndolos hervir. Con este palo se colorean también los llamados «huevos de Pascua».

La caparrosa verde o sulfato de hierro es una sal de verde claro y sabor astringente. Se encuentra en la tierra en forma de sustancia compuesta de hierro y azufre; se baña por espacio de un año este sulfato de hierro, se lava luego en lejía, se hace evaporar el agua, y queda la sal en pedazos, tal como se vende en el comercio.

La goma es un jugo que producen algunos árboles y se endurece con el aire. Los árboles de Europa, especialmente los albaricoqueros, los melocotoneros, los cerezos, etc., producen la goma común; pero la mejor, que es la que se llama goma arábica, nos viene de ciertas acacias de la Arabia y del Egipto. Se pone un poco de esta sustancia en la tinta para impedir que se extienda por el papel.

Y aquí tenéis la forma de hacer la tinta, así como también dónde podéis encontrar los ingredientes; ahora, que yo os aconsejo que la compréis hecha.

LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE

Sí; antes de quedar huérfano vivía con mi buena y santa madre en una pequeña casita de las orillas del Duero. En las orillas del caudaloso río hacía yo con mi madre una vida pacífica. Divisaba desde allí el enorme puente que se extiende de un lado a otro del río; los molinos de agua, la «zuda» y las alegres barquichuelas que en los días de fiesta pueblan el gran río, saliendo desde el popular bosque de los Tres Arboles.

Mi padre era minero. Estaba en el extranjero, y murió el pobre de un derrumbamiento de una mina. Afortunadamente estábamos cubiertos de la miseria. Mi madre tenía ahorradas unas pesetas...

Pero no es el dinero el que cubre también la salud, y la pobre madre mía murió una serena tarde de agosto, con el rostro plácido de los justos y la sonrisa de los santos...

Yo no la vi morir. Volví del colegio y encontré en el lecho, tendida y en posición natural, a mi madre. Llore, grite, como si esto le pudiera volver a la vida; pero nada: mi madre estaba inmóvil y fría.

Entonces recordé las caricias de ella, al ir al colegio en las frías mañanas. Cuando me daba con dulzura un fresco pañecillo y me metía en el bolso diez céntimos para una pastilla de chocolate, todo, en fin, me vino a la

memoria, y no pudiendo resistir el dolor, me tiré en el suelo y grité desesperado;

—¡Estoy solo! ¿Qué va a ser de mí? Y al acercarme a besar, por última vez, el cadáver de la santa madre, retrocedí. La voz se anudó en mi garganta, y enroquecí para emitir sollozos; ¡por las pupilas de la muerta habían escapado dos lágrimas, que venían a perderse en el pálido color de sus mejillas!

No; no fué una alucinación. ¡Os juro que yo vi aquellas lágrimas!

EDUARDO PÉREZ FERNÁNDEZ

TE CONVIENE SABER...

Que en las manos de las momias egipcias, al ser descubiertas, se encuentran bastantes anillos, siendo muy corriente hallar cuatro y cinco en cada dedo.

Que aunque tengas oído que el elefante es un animal lento, perezoso, torpe y pesado, hay quien dice que este animalito, cuando está excitado, puede correr con una velocidad de veinte millas por hora, y seguir así durante medio día. ¡Como para seguirle!

Que muchos insectos viven bien a pesar de estar mutilados, como la hormiga, que decapitada llega a vivir algunos días.

Que aplicando a la parte dolorida una muñequilla húmeda que contenga un poco de añil se puede curar la picadura de la avispa, si tenemos la desgracia de que ésta nos pique.

Saldo de chistes malos

En el tribunal de justicia:

El juez.—¿Qué palabras dieron motivo a la reyerta?

El reo.—¡Es usted un canalla!, señor juez, y en seguida empezaron los palos.

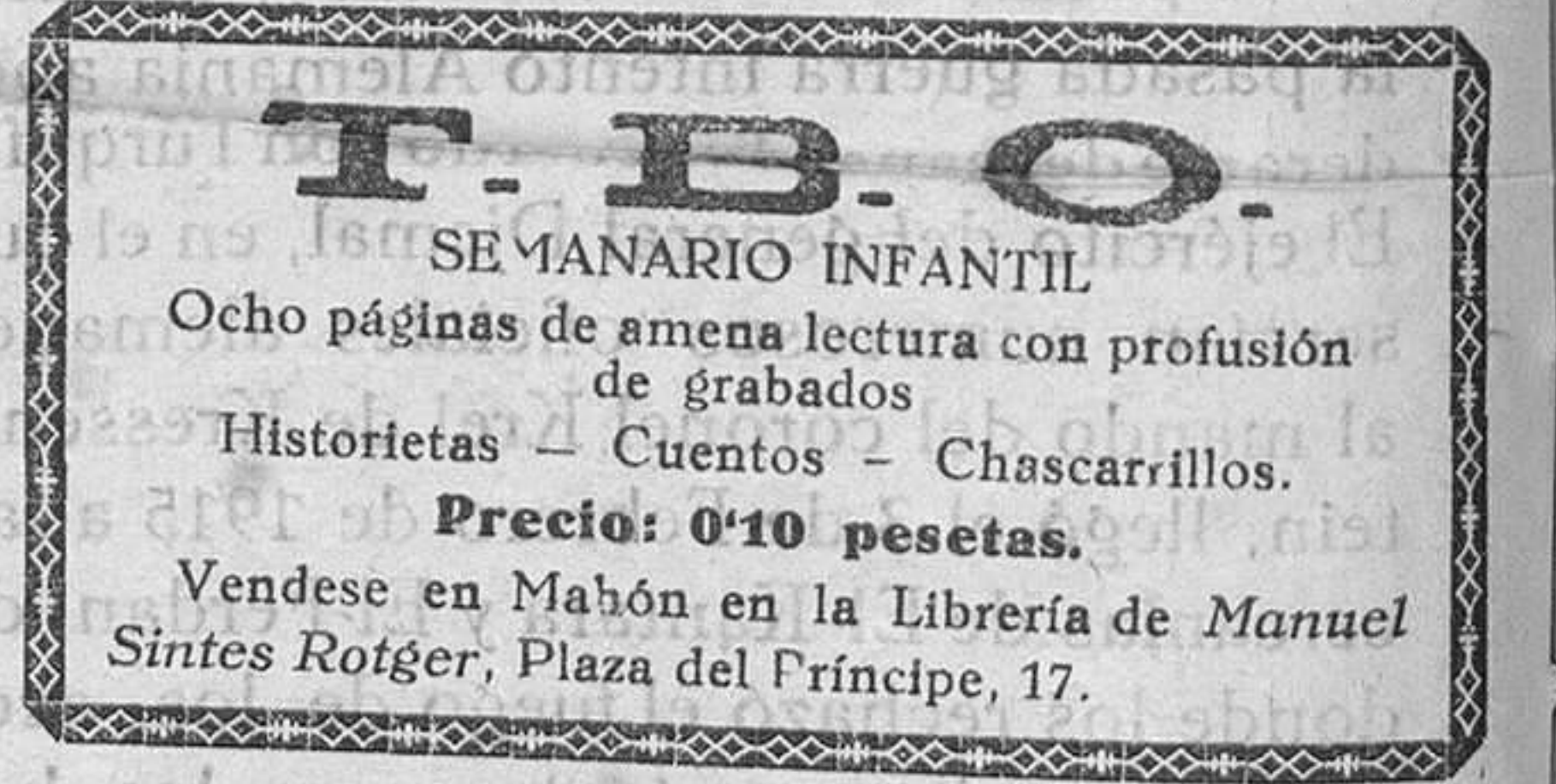
Un juez escribía a un amigo que se había interesado en favor de un criminal:

«He hecho todo lo posible por tu recomendado: le he perdonado todas las accesorias; únicamente se le dará el garrote.»

—¡Caramba! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué hora es?

—La de que me pagues los cinco duros que debes.

—Me parece que tu reloj adelanta demasiado.



Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón

dero océano de pinos centenarios y venerables. El ingeniero solía comer con él casi a diario; era un solterón recalcitrante, amigo de la naturaleza, de la caza y de la buena mesa, pero enemigo declarado de conveniencias sociales, etiquetas y cumplimientos, al cual causaban un verdadero suplicio las temporadas que la familia pasaba en la quinta. Los humos de grandeza de la señora viuda de Montellano, le obligaban con frecuencia a vestirse de smoking (joh, prenda aborrecida!) para asistir a la comida o la velada; y no pocas fueron las veces que con rabia y con dolor observó, desesperado, sus manos ennegrecidas por el examen reciente de una máquina o por la acción de unos ácidos en una sección de laboratorio... Hubiera querido hundirse bajo tierra antes que alargar esa mano tan honrosamente oscurecida por el noble trabajo, para estrechar con ella las otras manecitas suaves y perfumadas de las hermanas de Agustín.

En esta mañana de primavera en que la tierra augusta despertaba del letargo invernal con loca carcajada de flores y de luz, Agustín Montellano caminaba con su paso vivo, ágil y elegante bajo las frondas de sus jardines, hollando la fina arena festoneada de violetas de las grandes avenidas. Su cerebro, absorto en cálculos industriales, no pudo impresionarse de toda la belleza sugestiva del paisaje y del am-

biente; ni sintió aroma de rosas que le rozaban la cara, ni oyó el zumbido elocuente de los insectos en celo que se perseguían anhelosos bajo la gaja bóveda de acacias florecidas, ni los vacilantes trinos de los pájaros nuevos que ensayaban bajo el ojo vigilante de los padres el primer canto y el primer vuelo... Agustín Montellano dejaba resbalar toda esta poesía insinuante, sin abrirle las puertas de su alma para que allá en sus rincones, fecundase una ilusión de juventud en un momento de locura. Muy serio, muy preocupado, con los grandes ojos bellísimos hundidos con fijeza hipnótica en la línea blanca de la alameda que se rompía, cortada bruscamente por la amplia verja cerrada sobre el camino de los talleres, iba pensando en la turbina; por extraño y vulgar que parezca, la turbina era para Agustín una ilusión, un ideal; la realización de sus anhelos, la realidad de un sueño incubado pacientemente en sus horas de soledad y en sus noches de insomnio, desde el día memorable y feliz en que sintió el deseo legítimo de asegurarse una existencia económica independiente, hija de su propio esfuerzo. Y la turbina, con su extraña belleza, con su potencia asombrosa, era para él la encarnación de su quimera.

Desde la muerte de su padre, Agustín Montellano, dejando bruscamente